

Mis lecturas 2020

Luis Rubio

Terminé el año pasado leyendo un libro casi único en su género, y extraordinario en su trascendencia: la historia de dos revolucionarios vista por su hija. Hija de Revolucionarios, de Lawrence Debray, cuenta la historia de sus padres antes de su nacimiento y a lo largo de sus vidas, y lo que relata no es algo de lo que sus progenitores podrían estar orgullosos. Cuando las prioridades son la guerra y la lujuria, el prestigio personal y la influencia política, la hija queda siempre marginada. No hay acusación más brutal, directa e indisputable -y dolorosa- que la de una hija y los Debray acaban saliendo mal parados. Dicho eso, el libro cuenta detalles excepcionales de dos vidas extraordinarias, desde el encarcelamiento de su padre Régis en Bolivia cuando el Che Guevara andaba intentando prender la revolución, hasta la majestuosidad de sus abuelos y la historia igualmente fantástica de la madre, Elizabeth Burgos, pasando por Fidel Castro, Hugo Chávez y los tejamanes del gobierno francés.

Uno de los mejores libros que leí este año es *The Conservative Sensibility*, de George F. Will, un comentarista que lleva décadas escribiendo en periódicos y comentando en la televisión. Históricamente conservador, este libro parece ser su legado intelectual en el que abandona buena parte de las premisas del conservadurismo estadounidense para afirmarse como un liberal integral, pero no uno, al estilo libertario norteamericano, que decide alejarse de la civilización, sino al revés, uno convencido de la importancia de actuar en el mundo real, diagnosticar los problemas, proponer soluciones, criticar acciones gubernamentales y estar activo en las disputas centrales de las ideas que caracterizan a la sociedad.

En Instituciones, inequidad y sistema de privilegios en México, Cuauhtémoc López Guzmán, académico de la Universidad Autónoma de Baja California, escribe un espléndido ensayo sobre la incompleta transición en que quedó atorado México. Un párrafo resume su argumento: “Gobiernos corruptos, empresarios rentistas y violaciones al Estado de derecho en México son el resultado de un orden institucional depredador instaurado desde la colonia para el saqueo. La existencia hoy de rivales sustitutos del gobernante debería haber terminado con la corrupción, pero todo parece indicar que la sustitución de gobernantes (alternancia) no ha modificado la conducta deshonestas, pues las oportunidades de enriquecimiento y los privilegios siguen inalterados”. El libro es especialmente relevante ahora que ya han estado en la presidencia las tres fuerzas políticas principales sin que se altere ni en una coma el sistema de privilegios. El problema está en otra parte.

Christopher Caldwell* escribe uno de los mejores análisis que haya yo leído sobre el cambio político que ha caracterizado a EUA en las pasadas décadas. El corazón de su argumento es que la tan cele-

brada legislación en materia de derechos civiles de 1964, la que liberó a los negros y abrió una nueva era hacia la igualdad de oportunidades, también sembró la semilla de la división y alienación que ocurrieron algunas décadas después y que tuvieron el efecto de marginar particularmente a los hombres blancos. Una explicación histórica muy sofisticada de la brecha que aquella legislación abrió y que, medio siglo después, se materializó en la forma de Trump. Un análisis sin duda controversial, pero sumamente interesante y animado sobre la forma en que la política de identidad y la consagración de derechos y presupuestos para las minorías crearon una nueva minoría que acaba rebelándose en 2016 con la elección de Donald Trump.

Nadia Urbinati** argumenta que el populismo es una nueva forma de gobierno representativo, fundamentado en una relación directa entre el líder y quienes él (o ella) define como buenos. En contraste con la democracia representativa tradicional, donde el ganador de una elección representaba a todos por igual, el líder populista vive de ignorar a quienes considera sus adversarios, presionando con ello a toda la estructura constitucional existente, lo que abre la puerta al autoritarismo. El populismo resulta del crecimiento de la desigualdad, así como de la existencia de una “oligarquía rapaz” que se convierte en un blanco fácil en términos electorales. Su fortaleza radica en que rompe con las divisiones tradicionales de clases sociales e ideológicas, pero su debilidad reside en que acaban depredando del mismo sistema al que atacaron y que los sostiene en el poder. Poderoso argumento.

La nueva lucha de clases*** de Michael Lind resume la perspectiva de los “olvidados” en la batalla que ha venido caracterizando a buena parte del mundo en la última década. Para Lind, la disputa es sobre el poder para decidir y éste ha sido concentrado en las últimas décadas en un sector de las sociedades que se caracteriza por sus credenciales formales (académicas, burocráticas o profesionales) lo que les confiere a sus integrantes una influencia desmedida sobre las decisiones. La solución radica en una democracia pluralista, presumiblemente una que no sea influenciada por profesionales de ningún tipo. Una oración resume su propuesta práctica: las “cuatro libertades neoliberales” (libre movimiento de personas, bienes, servicios y capital) deben ser reemplazados por las “cuatro regulaciones”.

* THE AGE OF ENTITLEMENT.
** ME THE PEOPLE.
*** THE NEW CLASS WAR.

@lrubiof

ÁTICO

Sobre los libros dice Borges: “Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído”.

LIBERALES Y CONSERVADORES

Amador Narcia

Semáforo rojo. Sí nos está ganando la tradición y la pachanga

No le busquemos tres pies al gato. No es una percepción, es una realidad que, hasta donde resulte posible, debemos evitar la fiesta. Sobre todo, la familiar.

60 por ciento de los contagios de COVID-19, en la Ciudad de México, ocurre en fiestas y reuniones familiares. Contra la lógica de que el virus se esparce principalmente en grandes multitudes como las que hemos visto en el Centro Histórico por las compras de la temporada decembrina, son esas pequeñas reuniones, donde todo mundo baja la guardia, que está el mayor peligro de contagio. De entrada, porque con el pretexto de beber y comer, se quitan el cubrebocas y se prodigan besos y abrazos porque “no va a pasar nada”.

El doctor Rafael Valdés, director médico de la Unidad COVID-19, en el centro CitiBanamex, alertó ante la Jefa de Gobierno: “Tenemos que evitar los eventos contagiadores, como las reuniones familiares y los festejos. Esos son los eventos contagiadores y las historias que recopilamos aquí con cada uno de los enfermos en las formas en las cuales se contagian. Más del 60 por ciento de los contagios están ocurriendo en eventos contagiadores”.

Olivia López Arellano, secretaria de salud de la CDMX, confirmó que “ese 60 por ciento de las personas infectadas tuvieron el antecedente de una reunión, de una fiesta, de un encuentro familiar”. Recordó qué, en Nueva York, hace unos meses el epicentro del contagio mundial, el gobernador Cuomo había dicho que en esa ciudad el porcentaje es del 75 por ciento.

Así que no le busquemos tres pies al gato. No es una percepción, es una realidad que, hasta donde resulte posible, debemos evitar la fiesta. Sobre todo, la familiar.

Meses atrás conocimos la terrible historia de una madre de familia que tenía muchas ganas de que sus hijos le celebraran el Día de las Madres. Le cumplieron su deseo. 10 días después murió, contagia-

da de COVID-19.

Me gusta mucho la temporada decembrina. La disfruté desde que era niño. Mis padres ya no están conmigo, pero de ser así no hubiera podido estar con ellos, en una reunión familiar grande. Hoy toca organizarse de otra manera, visitar a los mayores y el resto de nuestras familias en horarios escalonados, en días diferentes, para que no coincidan los abuelos con los padres, los hijos, los nietos, los hermanos, los tíos, los primos, las nueras, los yernos, los amigos y, como decía Chava Flores, “los invitados de un señor que no vino a la fiesta”.

Tras las reuniones familiares, como riesgo de contagio, aseguran las autoridades de la CDMX, están las oficinas. Por supuesto, donde no tienen ninguna precaución y no se exige a los empleados el uso del cubrebocas, del gel antibacteriano ni la sana distancia y que no sanitizan. Donde no hay realmente un compromiso de la empresa.

Es curioso, ha ocurrido en algunos sitios, empleados expresan su preocupación de contagio por el hecho de ir a trabajar, pero no sienten la misma aflicción cuando van a hacer sus compras al súper, al mercado, a las tiendas departamentales, a comer fuera de casa, sacan a pasear al perro, van a reuniones con amigos y familiares, se van de viaje, van al salón de belleza o a la peluquería o simplemente salen a caminar porque ya no aguantan el encierro.

Estamos enfrentando la gran prueba del año en la guerra contra el coronavirus SARS-CoV-2. Es el enemigo más peligroso de nuestra generación. Hagamos a un lado las debilidades humanas. Mientras, para disuadir, ayer se anunció que estaremos en semáforo rojo hasta el 10 de Enero.

MONITOR REPUBLICANO

Les deseo una Feliz Navidad. Un abrazo, con mucha salud.

Correo: anarciae@gmail.com

Síndrome de desgaste profesional

Arnoldo Kraus

Los galenos que trabajan largas horas en instituciones gubernamentales o durante la formación médica, así como el personal de enfermería, son las poblaciones más proclives a desarrollar el síndrome.

sus iglesias, al cumplir sesenta años repasa su vida y concluye que no está satisfecho ni con sus logros ni consigo mismo. Decide alejarse en busca de soledad y viaja al Congo para encontrarse a sí mismo: “Ningún noble motivo me trajo aquí. Me busco a mí mismo”. La novela está ambientada en un hospital para leproso; al lado de los enfermos, Querry, el arquitecto, se da cuenta de cuán agotado estaba en su trabajo e identifica sus males con las personas enfermas de lepra. La metáfora de Greene es la antesala del síndrome burnout (paréntesis obligado: Greene trabajó como reportero en México; su odio hacia nuestro país puede leerse en su libro de viajes, “Caminos sin ley”).

Los médicos rebasados por su trabajo no atienden con presteza a sus enfermos. Aunque desde hace muchos años se ha escrito al respecto, poco se ha avanzado. La implementación de la “medicina electrónica”, las exigencias de compañías aseguradoras y de hospitales ha impuesto mayor trabajo burocrático y menguado el tiempo de estudio y descanso. Además, la privación del sueño, propia de los médicos en formación, profundiza el burnout. Los galenos víctimas consumen drogas, padecen depresión y tienen ideas suicidas en mayor grado al compararlos con otras profesiones.

El tiempo enjuto, sobre todo en hospitales gubernamentales, afecta la ya de por sí vilipendiada relación médico-paciente e incrementa las demandas contra la profesión. En Estados Unidos la mitad de los médicos padecen burnout, más del doble de la población general. No sorprende, por tanto, que el mayor número de reclamaciones contra doctores no sea por negligencia sino por la falta de escucha. Sumidos en la pandemia, la labor de los médicos y paramédicos ha sido admirable. No así la de las autoridades morenistas.

DOBLE FONDO

Juan Pablo Becerra-Acosta

El semáforo rojo y la triste infamia colectiva en CDMX

¿DE QUIÉN ES CULPA LA SATURACIÓN DE HOSPITALES? SALVO EXCEPCIONES, ME PARECE QUE DE LA GENTE

Este viernes reviso el mapa interactivo de hospitales públicos en Ciudad de México. Busco hospitales con camas generales COVID, para gente que está contagiada por el virus SARS-CoV-2, pero que no yace en estado crítico. El plano es una enorme mancha roja. Solo hay tres banderas (cada bandera representa a un hospital) en color verde, con “alta disponibilidad” de camas: el Hospital Infantil de México Fernando Gómez; el Hospital de Pediatría 01 Siglo XXI; el Hospital Pediátrico La Villa. Para adultos, no hay nada en verde.

Con “disponibilidad media”, bandera amarilla, hay cuatro sitios: dos hospitales militares, el Hospital de Especialidades Siglo XXI y el Hospital General La Raza. Vaya usted a ver si es verdad que hay algunas camas en esos sitios, y me lo tuitea, porque al preguntar sobre los dos últimos lugares, me dijeron que no. Todo lo demás, está en rojo, con “disponibilidad baja” de camas. Acérquese usted, a ver si encuentra un lugar ahí, y me avisa.

Luego busqué camas en Unidades de Cuidados Intensivos (UCI), para enfermos muy graves y críticos, y solo hay tres hospitales en verde: dos infantiles y el Hospital de Especialidades del Siglo XXI. Con “disponibilidad media” está el Centro Médico 20 de Noviembre del ISSSTE y el Hospital La Raza. Lo demás, está en rojo.

¿De quién es culpa todo esto, la saturación de hospitales, que en camas generales llega al 81.1%, y que en espacios de UCI está en 68.6%, de acuerdo a los datos oficiales más recientes? Salvo excepciones, me parece que es culpa de la gente. Claudia Sheinbaum llevaba varias semanas alertando acerca del crecimiento de los contagios, y sobre todo, advirtió sobre la creciente ocupación en los hospitales. ¿Y qué sucedió? Que la mayoría de la gente se volcó a las calles: tan es así, que las gráficas de movilidad de estos días están ya muy cerca de aquellas de los tiempos previos a la pandemia.

Este diciembre ha sido casi idéntico a diciembre de 2019, en cuanto a la compulsión ciudadana por dejar sus hogares: las calles han estado repletas, el tráfico embotellado, las aceras atascadas, el transporte público abarrotado, el aeropuerto saturado de viajeros, las zonas de comercios intransitables, las fiestas y bailongos a tope.

Han sido, los habitantes de esta ciudad, muy egoístas e irresponsables, porque mientras a ellos les daba igual, miles de médicos y enfermeras están exhaustos por tantos meses de salvar vidas sin descanso.

La falta de contención, de moderación, de sobriedad de la mayoría de los capitalinos, ha sido vergonzosa. Han sido, los habitantes de esta ciudad, muy egoístas e irresponsables, porque mientras a ellos les daba igual contagiar, comprar y divertirse, miles y miles de médicos y enfermeras están exhaustos por tantos meses de salvar vidas sin descanso, sin tregua, colapsados física y mentalmente. Esa gente ha padecido continuos duelos de impotencia por las decenas de miles de vidas que han perdido, y cuando los ciudadanos tenían que ser más empáticos para darles reposo... les saturan más los hospitales.

Es una infamia colectiva. Una triste infamia social. Estos días, reportando, conviví con paramédicos de Cruz Roja, que son los primeros que arriesgan la vida cada jornada para atender, estabilizar y luego trasladar a pacientes COVID. Esa gente también está exhausta y harta del comportamiento social, mientras ellos sufren por no haber visto, durante meses, a sus pequeños hijos, a sus novias y novios, a sus padres. ¿Y a alguien le importa su sacrificio?

Uno de ellos, originario de Aguascalientes, me decía que llegó a vivir a Ciudad de México justo antes del sismo de 2017, y que se maravilló y enamoró de la actitud despreñada, responsable y solidaria de la gente en medio de la tragedia, pero ahora, con mirada de tristeza, me espeta: “Qué decepción han sido los chilangos durante noviembre y diciembre”.

Sí, pues. Así como somos durísimos con los gobiernos, hagamos una severa introspección y aceptemos que nos hemos comportado fatal, hemos sido una gran decepción colectiva. La covidiotez ha provocado el semáforo rojo, con sus tremendas consecuencias económicas. Hemos sido un pueblo muy malo, por no usar esa palabrota coreada en los estadios. ¿O no?